

Fidel Cano y Rafael Núñez: dos tendencias al romanticismo

Escribe: JAVIER ARANGO FERRER

El viajero que va por los caminos de la historia halla a veces para su cansancio remansos de susurrante frescura e ilustres epitafios, a la sombra de mirtos y de adelfas, donde perfuma el asfodelo. Esa es la sensación del estudioso cuando en sus pesquisas, por empolvados anaquelles, tropieza con las *Poesías* de don Fidel Cano (Medellín, 1887). Para decirlo de una vez este hombre es el patriarca que podría servir de modelo para reconstruir el pasado cuando Colombia acabe de perder su prestancia y su porvenir en la naturaleza moral e intelectual de sus políticos. Desde director del colegio en Envigado hasta rector de la Universidad de Antioquia; desde diputado a la asamblea hasta senador de la república, don Fidel Cano dejó en la vida pública y privada la limpieza de su abolengo. Fundador de "El Espectador", su nombre está ligado a la historia política y cultural de Colombia en este siglo. En mi remota infancia creo haberlo visto alguna vez. Los bigotes más largos en Medellín eran los de don Tulio Ospina y los de don Fidel Cano.

Cuando murió Gutiérrez González en 1872, el poeta adolescente de dieciséis años ya había publicado en 1870 su poema *El Porce* émulo de *Aures*, que algunos reputan como el mejor canto de Gutiérrez González. Estos dos ríos fertilizan la poesía colombiana del siglo pasado. No es inferior el poema del adolescente al del poeta maduro de treinta y ocho años. De las quince Quintillas clásicas, sin pareados, solo en dos son agudos los finales, lo que da mayor blandura al río de Cano que al de Gutiérrez González, como puede observarse en los siguientes fragmentos escogidos al acaso:

*Bajo frescos doseles de verdura,
formados por mil árboles gigantes,
derrama el Porce su corriente pura,
llenando con los ecos atronantes
de su terrible voz la selva oscura.*

.....

*En sus orillas besan los turpiales
de flores mil los delicados broches,
y ostentan los inquietos cardenales
las cabezas cubiertas de corales
junto al gajo plumaje de los toches.*

.....

*Todo del Porce rico y majestuoso,
es o bello o sublime en sus orillas,
y en todo brilla el brazo poderoso
del que sacó del caos tenebroso
el mundo con sus grandes maravillas.*

Los jóvenes suelen ser barrocos por la exuberancia de la imaginación. En esta poesía descriptiva fluye la naturaleza con la sencillez del agua, de los pájaros y de los árboles que dan paisaje a las vegas del Porce.

Don Fidel fue el traductor por excelencia de Víctor Hugo en Colombia. Dio a la estampa las versiones contra la pena de muerte (Medellín, 1889) bajo el título de *El Cadalso*, dedicadas a los tres hijos varones ya nacidos en aquel tiempo. No se había secado la sangre que manó a torrentes de la guillotina cuando Hugo se empeñó en la lucha contra la pena de muerte y escribió los poemas que tradujo don Fidel. Por lo que se refiere a Colombia, fuera de la sangre derramada en las guerras civiles, los crímenes pasionales o de bandolerismo eran rarísimos. Aquí no existe la pena muerte pero ella ha sido decretada, en grande escala por la violencia internacional, sobre campesinos inermes en las fuentes mismas de las cosechas para socavar la paz y crear la permanente zozobra y el éxodo de los campos hacia las ciudades, con el consiguiente desequilibrio social y económico de la nacionalidad. Si don Fidel resucitara y viera... seguramente modificaría el texto de su prólogo.

En 1902 publicó su traducción del largo poema *La oración por todos* en diez cantos o capitulillos, dedicado a sus hijas. En el prólogo, y tras los actos usuales de perfecta humildad, analizó la versión hermosa, incompleta y libre de don Andrés Bello, para justificar la faena laboriosa de legarle a nuestra literatura la traducción completa y fiel de ese poema, cuya segunda edición la publicó Bedout (Medellín, 1951). Tradujo a los más famosos románticos: Musset, Lamartine, Longfellow, y desde luego numerosos poemas de Víctor Hugo entre ellos el titulado *A mi hija Adela* del que reproduzco a manera de prueba la tercera estancia:

*Ay! del último sueño la hora
Tal vez no lejana,
Llegará para mí! ¡Cuán oscura
y horrible y callada
Será en torno a mi lecho de sombras
La noche sin alba!*

*Ni los cantos del ave nocturna
Vendrán a turbarla!...
Mas tú entonces, piadosa, con flores,
Plegarias y lágrimas,
Pagarás a mi tumba desierta
La deuda sagrada
Que contrajo conmigo tu cuna,
Paloma del alma!*

Si el estudiante necesitare la alta crítica para confirmar méritos, fuera de los muchos elogios que mereció don Fidel de los comentaristas, bástele el prólogo a sus *Poesías* del doctor Luis Eduardo Villegas, ilustre abejorraleño en las letras y en la magistratura de la Corte Suprema, cuando para llegar a esa culminación era necesario llamarse Dionisio Arango o Germán D. Pardo. En suma don Fidel Cano fue un poeta romántico excepcional, a la altura de Gutiérrez González, por lo discreto del lenguaje sin dejar de ser intensamente afectivo en la expresión. Así deben reconocerlo las aulas de la literatura colombiana.

Una dependencia del romanticismo fue la poesía filosófica. La cultivaron con alguna predilección los radicales positivistas a lo largo del siglo XIX, tales como Antonio José Restrepo, Diógenes Arrieta, José María Rojas Garrido y otros formados en Comte, Bentham, Spencer. Todos ellos se empecinaron en la lectura de Taine y de Renan. El filosofismo fue de los radicales para negar cuanto pudiera sustentar el pensamiento de tejas arriba. Los conservadores católicos, a su turno, solo se acercaron a lo filosófico para acendrase en el misticismo como fue el caso de don Belisario Peña.

El arquetipo de los poetas que filosofaron en verso fue el doctor Rafael Núñez, radical en la mocedad, liberal evolucionista en la madurez, a su regreso de la Inglaterra spenceriana. Curado de toda demagogia, la nueva posición ante la sociología le permitió objetivar las realidades de la reforma política en el período llamado de la regeneración, que culminó en la Constitución del 86. Núñez versificaba correctamente en sextinas y quintillas, hoy fuera de uso por la reiteración de las rimas y los finales agudos. Fue el poeta de la duda, receloso aun de su propia sombra. Raro es que no hubiese dudado de su calidad poética. Fuera de la obra publicada existe la que poseía en París doña Gregoria de Haro, animadora de Núñez en un período afortunado de su vida, según se sabe en los versos y en las cartas, ambos documentos inéditos escritos por el Regenerador desde Londres, que la discreta mujer guardaba celosamente. Y que se conservan inéditos en poder de un intelectual cartagenero. Según informes no comprobados, en esos versos amorosos Núñez revela nuevas modalidades de estilo.

En *Que sais-je?* dejó Núñez la confesión de su duda sistemática que tan pocos méritos añade a su inquietante persona:

*No sé lo que deseo, lo que busco;
A veces con la luz misma me ofusco;
A veces en tinieblas veo mejor;
A veces el reposo me fatiga,
Moviéndome a veces se mitiga,
De mi sangre el hervor.*

En quintillas fue igualmente pródigo Núñez. En *Moisés* salta a la vista la buena versificación de la época dominada por las rimas reiteradas y los finales agudos:

*Símbolo fiel del proceloso tránsito
Que lleva del error a la verdad;
Vedlo emprender su marcha en el desierto,
Inspirado piloto, más que experto,
Colón de una terrestre inmensidad.*

*Como en torno al panal la abeja gira,
Cual corre la ola en ciega dirección,
Cual Sirio alumbrá, aun más que el sol ardiente
Así, a veces, un hombre en su alma siente
Impulso de gloriosa vocación.*

*Organo inmenso de infinitas notas,
La humanidad camina a un solo fin;
¿Quién la empuja? El que mece las espigas,
El que arte da al castor y las hormigas,
Vuelo a las aves, hálito al jazmín.*

Entre Núñez de Arce y Rafael Núñez existen coincidencias que no parecen casuales: el mismo apellido y en cuanto se refiere a la posición filosófica Núñez de Arce es a España lo que Rafael Núñez a Colombia. Los animaba el mismo ideal restaurador ante el caos y las mismas modalidades seudofilosóficas e idénticas combinaciones estróficas en la versificación, especialmente en el uso de la sextina que en la preceptiva suele llevar el nombre del español. *El Mar Muerto* es uno de los mejores poemas porque en él Núñez atemperó las rimas pareadas y evitó los finales agudos:

*Hay en Jueda un mar que la Escritura
Ha llamado Mar Muerto:
Sus aguas saturadas de amargura,
Cual ningún otro mar, no dan asilo
Ni al inocente pez ni al cocodrilo:
Son un hondo desierto,
Y el huracán apenas lo remueve,
Porque es para ellas demasiado leve
Al fondo de ese mar yacen Gomorra,
Sodoma, Zeboín, Adam y Bala;
Ninguna nave allí su quilla cala,*

*Y el triste peregrino
Que se acerca a su orilla pavorosa,
Lanza un grito de horror, y su camino
Desanda con carrera presurosa.*

Núñez no conoció el Mar Muerto. Su paisaje es un monotipo esmaltado de gran esplendor entre los médanos rubios y limpios que circundan las malvas diez veces azules y verdes del lago más sensacional de la tierra. Un mar transparente hasta el fondo de los guijarros de aguas pesadas que arden en la piel de los bañistas, a un kilómetro de Jericó y a cuatrocientos metros bajo el nivel de los otros mares. El relato se torna filosófico porque a su dueño le viene la ocurrencia de compararse con ese mar "en pena de sus muchas liviandades". Al final el taciturno don Rafael Núñez se anonada en el pesimismo:

*Ni al bien ni al mal doy en mi ser sustento,
Y ni aun el vendaval de las pasiones
Turba este inexorable abatimiento.*

La poesía filosófica y pseudocientífica tal como la concebían Sully Prudhome y Carlos Arturo Torres es antipoética. Otra cosa es la filosofía que se escapa del propio lirismo, como la resina del árbol, cuando se poetiza con hondura. Don Rafael Núñez fue una paradoja. No se compadece el negativismo melancólico del poeta, con el positivismo del regenerador que en política poseía el don de convencer con la sutileza del pensador que sabe por dónde va el agua al molino. Si Núñez fue sincero y como buen romántico no teatralizó en los poemas la melancolía, ello hace más interesante y complicada su paradoja. El aura del personaje total tendría el mágico influjo que debió irradiar de su sombra escurridiza como la de un fantasma por la tramoya de su tiempo. Lo que podría interpretarse como obra de la astucia, Joaquín Tamayo, v. gr., uno de sus biógrafos, lo atribuye a la cobardía, manera un tanto simplista de restarle grandeza al personaje que puso en jaque a la demagogia para darle un derrotero a la república. Insistiremos en la semblanza de Núñez al valorar el flanco filosófico, nacionalista del modernismo.

Antonio José Restrepo (1855-1933), el famoso Ñito y Juan de Dios Uribe, llamado el Indio Uribe, dicho sea de paso, fueron escritores ateos del radicalismo. Ñito publicó un libro de poesías en Lausana (1896). El Indio Uribe escribió el prólogo, una página de gran interés sobre la política colombiana en la segunda mitad del siglo XIX, haciendo abstracción de cuanto hay allí de sarcástico e irreverente contra las jerarquías humanas y divinas. Se cree comúnmente, por las excelencias del prosista, que Antonio José Restrepo fue un poeta del montón romántico. Visto en perspectiva, su fronda poética es como el árbol que en Antioquia llaman "Manzanillo", a cuya sombra el viajero se llena de zarpullidos pruriginosos...